Día de playa en familia
Autor: Manolo Campa

Era sábado. Casi había terminado de leer el periódico cuando fui informado por mi esposa que en la familia había gran embullo para reunirnos en la playa el domingo. Por teléfono, ella había convocado a hijos, nietos y parientes, y estando todos de acuerdo, era oportuno que yo, el cabeza de familia, fuese notificado. Este informe tardío me hizo presagiar que la placidez y la relajación de mi fin de semana iban a esfumarse.

"Iremos a Misa esta tarde para mañana irnos temprano a la playa. Vamos a reunirnos todos a la orilla del mar. Pasaremos un rato agradable y disfrutaremos de la vida al aire libre… sin complicarnos mucho con los preparativos"… me dijo. Esta última afirmación resultó ser tan falsa como las promesas de los políticos en tiempo de elecciones. El resto de aquel sábado fue un desastre para mí. No pude disfrutar mi habitual siesta del mediodía. Fui comisionado para ir a comprar carbón, líquido para encenderlo, refrescos, cervezas, perros calientes y pan para ponerlos dentro, vasos y platos de cartón, servilletas de papel, vasitos para café cubano, etc.

Tuve que subir al ático de la casa en busca de la nevera portátil, las esteras, las sillas de aluminio y la sombrilla para colocar cerca del mar. El polvo viejo me hizo estornudar… al estornudar me golpeé la cabeza con las vigas del techo… y los golpes en la cabeza me pusieron de mal genio. No encontraba la extensión de la sombrilla que se clava en la arena y buscándola sudé como si estuviera en un baño turco. ¡Desastre total… repito!

Los parientes de mi mujer que viven en el "ues" de Hialeah, a través de la magia del teléfono –mi mujer al habla- se enteraron y se unieron a la aventura. Esto hizo más atractivo el acontecimiento para mí pues tendría la oportunidad de jugar "dominó" con ellos y tomar el exquisito cafecito que hace la prima gordita y parlanchina de mi señora.

El concejo de las familias envueltas en el evento, por unanimidad, también me eligió para que fuese temprano, de avanzada, a reservar una buena mesa a la sombra de un palmar. Antes de salir hacia la playa, trabajé como un estibador colocando las cosas en el maletero del automóvil mientras el resto de la familia aún dormía y mi esposa iniciaba el complicado proceso de su maquillaje. Mi mujer se engalana para ir a meterse en el mar y perder, en la primera zambullida, la lozanía que le imprimen los afeites.

Llegué con los primeros rayos del sol, cuando los policías ensillaban sus caballos y los cangrejos se metían en sus huecos para dejar su arenal a los humanos que empezábamos a llegar.

Antes de que arribaran los miembros de mi comunidad, me atacaron los mosquitos y los jejenes, me cayeron encima dos lloviznas mañaneras… tuve que

enfrentarme, en inglés y en español, a otros que querían aquella mesa para ellos… unos forzudos de modales refinados, me tiraron besos cuando no los dejé sentarse allí… y rechacé la tentadora presencia de unas jovenzuelas monumentales que querían compartir la mesa conmigo, enfundadas en esas trusas asombrosamente diminutas que permiten ver tatuajes en lugares inauditos.

Concluyendo: Por apurarme para cumplir la misión que se me había encomendado no me afeité ni peiné y al parecer tenía aspecto de malhechor porque fui interrogado por los policías a caballo, y le caí "pesao" a media playa que quería la mesa que yo estaba reservando.

Continuará en el próximo número de Ideal… si la memoria no me falla.

EN SERIO:

Al reflexionar sobre las agitadas condiciones de nuestro tiempo, tenemos buenas razones para preguntar qué es lo que nosotros, como pueblo de Dios, podíamos estar haciendo para dar una respuesta.

Nosotros, los que estamos llamados a ser la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa, podíamos por nuestro espíritu, nuestro ejemplo, nuestras acciones, colaborando con los demás de buena voluntad, tener un enorme impacto en mitigar los problemas de nuestra colectividad.

Hay católicos en influyentes posiciones políticas, empresariales y sociales, y los hay entre los que pasan apuros… Estamos de algún modo en posición de hacer una contribución especial para eliminar las causas de nuestros problemas.

En estos críticos tiempos, los miembros de la Iglesia tenemos que reflexionar sobre quién somos y qué se espera de nosotros. Como Iglesia estamos llamados a ser la presencia transformadora de Cristo en nuestra sociedad.

"La misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico". (Vaticano II)